

Juan Loveluck

En torno a los “milagros” de Gonzalo de Berceo

PERVIVENCIA DE GONZALO DE BERCEO



A pervivencia de Gonzalo de Berceo en los autores de habla española es un hecho manifiesto: los Machado, Azorín, Pérez de Ayala y otros, en la Península; Darío en América, han sentido de uno y otro modo la influencia del poeta riojano.

A partir del siglo XIX los eruditos lo desentierran; le quitan el polvo a sus versos, aclaran las oscuridades, rastrean en busca de los escasos rasgos biográficos, afirman, niegan, tratan de probar: vienen a obtenerse, en suma, dos o tres detalles verdaderamente ciertos sobre su vida y una obra, si no extensa, apreciable para conocerle y estudiarle con profundidad.

Pero, sobre todo, nos interesa que un poeta poseedor de un tan alto concepto de lo que es poesía, Rubén Darío, haya hecho una afirmación que otro espíritu, menos atrevido e innovador, no habría suscrito:

Amo tu delicioso alejandrino... (1).

(1) Rubén Darío, **Prosas profanas**, A. Maestre Gonzalo de Berceo.

¿Delicioso? ¿Cómo ponerse uno de acuerdo si, mientras los poetas y escritores lo ensalzan, algunos eruditos, más atentos a la filología que a la sensibilidad artística, lo califican de rudo, indoc-to, grosero y de primitivo, en sentido peyorativo?

La investigación moderna ha sabido ir descubriendo en Berceo las condiciones que lo hacen figurar entre los primeros poetas me-dievales de España. Hay un hecho real: la lengua poética del can-tor de la Virgen, distante en siglos de nosotros, no es todo lo rudi-mentaria que pudiera esperarse ni adquiere la monotonía a que parece obligarla la cuaderna vía. Contrariamente, se hallan en el estilo y en la métrica berceanos atributos no desdeñables que lo si-túan en un plano literario que no ocupaba en el siglo XIX y en los anteriores.

Posee, además, este poeta, el mérito de ser un fiel reflejo de su edad. Puede figurar como tal porque su humildad de clérigo apar-tado de ruidos mundanos le permite representar su época sin torci-mientos. Lo que Berceo dijo fué dicho de corazón; de ahí su peren-nidad (2).

Empezamos nuestro breve trabajo confesando que nos agrada Berceo y sentimos una honda simpatía por él; tal vez lo preferimos —como entre hnumano— a ese gigantón “velloso y pescozudo” que fué Juan Ruiz: vividor, liviano de cuerpo y de espíritu, amador des-ordenado, aunque literariamente este último poeta lleve lejos, mu-chas veces, al primero. Nuestra posición de simpatía es por la sen-cillez, por el tono delicado, por la claridad, por la actitud humana y franca frente a sus contemporáneos.

Y cuando queramos verlo con los ojos de la imaginación, será como Azorín, que supo encontrarlo en un cuartito sencillo ,blanco

(2) No hallamos justificadas las palabras de José Amador de los Ríos cuando se refiere a las “pretensiones de hombre docto” que tuvo Berceo o cuando lo trata de “escritor pretensioso, que desvanecido por el brillo de su mal digerida ciencia, no acierta a encontrar los colores que ambiciona para animar sus cuadros”. *Historia Crítica de la Litera-tura Española*, Madrid, 1861, tomo III, pp. 252-53.

—todo luz— con la mirada perdida en la campiña olorosa que se confunde con el azul (3).

BERCEO Y EL ESTILO

Don Marcelino Menéndez y Pelayo, refiriéndose al vigoroso arcepreste de Hita, ha dicho de él que es el primer autor que posee estilo propio. Antes de él, por lo tanto, y si hacemos válida la afirmación del eminente santanderino, no existió escritor que poseyese ese soplo necesario y escurridizo que anima lo escrito: el estilo. Podemos no aceptar la afirmación de Menéndez y Pelayo en sentido estricto y reconocer que antes de Juan Ruiz hubo precursores, hombres que tuvieron geniales atisbos e intuiciones de lo que constituye el máspreciado don literario. De existir esos precursores, los primeros son el juglar del Cid y nuestro poeta (4).

Berceo, es verdad notoria, no posee una expresión personal tan caudalosa y vital como la de Juan Ruiz años más tarde; pero es injusto negarle algunas cualidades estilísticas que señalan la existencia de un modo propio de expresión, y no imitado de otros autores. Como se trata de un precursor, excusemos, a veces, la escasez.

Es curioso observar cómo ha evolucionado la crítica de las obras berceanas. Inadvertido casi en los siglos clásicos (5), sólo a partir del diecinueve los estudiosos lo desenterraron de su tranquilo sueño. Tomás Antonio Sánchez lo edita a finales del siglo XVIII, pasan varios años antes de que una preocupación seria instigue a su estu-

(3) Azorín, *Al margen de los clásicos*, Berceo.

(4) No se crea, por dicha afirmación, que don Marcelino juzga adversamente a Berceo; es, entre los tratadistas del siglo XIX, el que lo trata con mayor simpatía y comprensión.

(5) Sostiene Fitz-Gerald y Hjalmar Kling que Berceo fué bastante comentado entre los siglos XVI y XIX. Véanse la edición crítica de la *Vida de Santo Domingo de Silos*, Bouillon, París, 1904 y el artículo *Gonzalo de Berceo in Spanis literary criticism before 1780*, *Romanic Review*, 1910, ambos del primero, y *A propos de Berceo*, del segundo, en *Rev. Hispanique*, tomo XXXV, pp. 77-90.

dio, y los críticos no logran un acuerdo sobre sus cualidades. Un francés, más tarde, el conde Tomás de Puymaigre (6), no encuentra justificación cualitativa para la edición de Sánchez —por tantos méritos ilustre para nosotros—. En la misma España se le juzga con una severidad que los investigadores modernos han dejado aparte. Así, por ejemplo, José Amador de los Ríos, en el siglo pasado, aunque lo trata con general simpatía, incide en desconocerle méritos que en el presente han sido destacados ampliamente. Según este autor, compelido por circunstancias lingüísticas, Berceo llega a ser “pueril y trivial en los pensamientos, bajo alguna vez y grosero en las imágenes, humilde y descuidado en la dicción...” (7). Pero Amador de los Ríos, como deseoso de imponer el culto al sencillo autor de los *Milagros*, agrega más adelante: “.... le vemos rodear “de circunstancias nuevas y originales los mismos cuadros que to-
“ma de las historias latinas, animándolos de una manera propia-
“mente dramática, o bien le contemplamos añadiendo libros ente-
“ros a esas mismas historias, fundado en la tradición popular, aun-
“que ya escrita, del pueblo castellano” (8).

El criterio moderno no marcha acorde con estos tratadistas. Muchos eruditos y creadores (9) han demostrado abiertamente su predilección por el cantor de la Virgen y los santos.

Amador de los Ríos, al decir que, en los pensamientos, nuestro poeta llega a ser trivial y pueril, exagera la nota: hoy podemos leer a Berceo sin la repulsión que esas características causarían; la bajeza y grosería de las imágenes —sostenidas por este crítico cuan-

(6) Th. de Puymaigre, *Les vieux auteurs castillans*, tomo I, capítulo VII, p. 279 (edic. de París, 1861), Gonzalo de Berceo est le premier poète espagnol sur lequel on ait quelques renseignements, mais il n'occupe pas dans les lettres une place assez importante pour justifier toutes les recherches auxquelles Sánchez s'est livré à son sujet”.

(7) Op. cit., p. 252.

(8) Id., p. 259.

(9) Encontramos una muy completa bibliografía sobre ediciones y estudios berceanos en *A tentative bibliography of hispanic Linguistic (based on the studies of Yakov Malkiel)*, by Hensley C. Woodbridge and Paul R. Olson, Urbana, Yllinois, 1932.

do la estilística no se conocía —son inaceptables desde todo punto. Un investigador moderno, Georges Cirot, ha estudiado, en la *Vida de Santo Domingo de Silos*, precisamente las imágenes y otros aspectos de la retórica y el estilo berceanos sin llegar a esas conclusiones sino a muy diversas (10). En cuanto al último cargo, descuido y humildad en la dicción, no constituyen un defecto en Berceo sino que, contrariamente, prueban el logro del propósito fundamental del poeta: hacerse a todos comprensible, ser de todos entendido, porque la suya es misión de humildad expresiva: *toda la gen* debe saber lo que él canta. Además, de esa humildad y a veces deliberado descuido, surgen, en no pocas ocasiones, las estrofas más diáfanas y graciosas, a que ningún otro poeta habría llegado sin poseer los dones espirituales y artísticos del escritor riojano.

¿Cómo es el vocabulario berceano? Tal vez escaso, un poco rudo, indocto. Pero su ingenio suple faltas, y recursos no le escasean. Intuitivamente tal vez, reconoce la importancia de la sinonimia, de la variedad léxica; rehuye las repeticiones cuanto le es posible y trata de no ser farragoso o cansador; hay en él una poderosa *voluntad de estilo*. Y así como tiene conciencia de su poetizar y de su propio estar poetizando (11), la tiene también, bastante definida, de la importancia de algunos recursos literarios, como el que hemos señalado y el uso del diminutivo con valor psicológico, afectivo, constante en nuestro poeta.

Si leemos con atención el *Milagro XXIII*, “la deuda pagada”, podremos notar que el cofre en que por vía milagrosa devuelve “el burgués don Valerio” el préstamo al judío, recibe *ocho* nombres y sólo uno de ellos se halla repetido. Son ellos: *sacco* (copla 666 a), *bassel* (672 c), *estui* (674 d), *tablero* (677 b, —repetido en 681 d—), *vaso* (678 b), *cesto* (694 c) y *escrianno* (695 c), que corresponde al término latino *scrinium* del manuscrito de la Biblioteca de Copen-

(10) G. Cirot, *L'expression dans Gonzalo de Berceo*. RFE., abril junio, 1922, pp. 154-170.

(11) Para “integralismo” en Berceo, véase Américo Castro, *España en su historia*, Losada, Buenos Aires, 1948, pp. 330-339.

hague, cercano al que sirvió de base a Berceo y descubierto por Richard Becker (12).

La densidad sinonímica del *Milagro XXIII* no pude dejarse pasar inadvertida y prueba que el poeta *conscientemente* eludió un defecto literario: la repetición.

Veremos ahora un caso más extenso de sinonimia.

DE LOS NOMBRES DE LA VIRGEN

Algo que llama la atención al lector de los *Milagros* es la extraordinaria frecuencia con que el poeta menciona a la Virgen y la variedad inagotable de nombres que ella recibe. Es cierto que la obra es un cancionero de hechos y milagros mariales, pero existen otras de distintos autores que también lo son y no ostentan tales rasgos, superlativamente notorios en Berceo.

El culto de la Virgen, la poetización de sus actuaciones milagrosas, los temas marianos en general, las hagiografías, están en pleno auge en tiempo de Berceo, no sólo en España. Al respecto afirma Maurice Legendre: "... Francia e Iberia son en el mundo las dos grandes patrias de la devoción mariana..." (13). "La literatura medieval de los pueblos occidentales encontró un tema inagotable de inspiración en la vida y en los milagros de la Virgen y "de los santos, así como en otras leyendas religiosas", dice A. G. Solalinde en el Prólogo de su edición de los *Milagros* (14). No olvidemos que el poeta vive en una época de religiosidad aguda; él

(12) Richard Becker, *Gonzalo de Berceo's Milagros und ihre Grundlagen*, Estrasburgo, 1910, obra desgraciadamente inasequible para la consulta en Chile.

(13) Maurice Legendre, *Semblanza de España*, Ediciones y publicaciones españoles, S. A., Madrid, 1944, Cap. VII, Los Santos, página 272.

(14) A. G. Solalinde, prólogo a su edición de los *Milagros*, para Clásicos castellanos, N.º 44, Madrid, 1922, XVII. Es la edición más recomendable para su lectura y la seguimos para nuestras citas cuando no indicamos otra cosa.

es fiel reflejo de su tiempo: "...cree y siente como creían y sentían el siglo y la nación a que pertenece" (15); es devotísimo de María y se percibe —a través de siglos— el gozo con que poetiza sus acciones salvadoras.

El poeta reconoce en el gran friso alegórico que es la *Introducción* a su obra, que los nombres marianos "... son más que arenas en riba de la mar" y:

Más serien los sus nommes ...

que las flores del campo del más grand que savemos

El amor de Berceo por su "dama" —como alguna vez la nombra— es manifiesto; de él surge la necesidad de llamarla con los nombres más hermosos y significativos, con las palabras que entrañan mayores lazos afectivos y respeto. Entre esa variedad de nombres encontramos los más sencillos, formados por un sustantivo o un adjetivo sustantivado por elipsis, como Madre, Señora, Ama, Gloriosa, etc. Compuesto de dos o más palabras o una frase: Madre de piedad, Bendita posada, Paloma de hiel bien esmerada, etc. Otras veces dos nombres en aposición: Gloriosa Madre Santa María, etc.

Abundan los nombres alegóricos —sobre todo en la introducción—; cuando quiere hacer mención al poder, a la fuerza intercesora de María, la nombra "honda del varón David"; como ella posee la sabiduría para salvar al cuitado, la llama "trono del rey Salomón"; porque es dulce y buena, le dice, familiarmente, "uva". No vacila el poeta en colocarle nombres de frutas sabridas que hablan no ya a la intelección sino a los sentidos: almendra malgranada —granada—, oliva, etc.

¿De dónde proviene —podemos preguntarnos— el caudal de nombres mariales que brota de la pluma del poeta riojano? Sin duda la mayoría proviene de la liturgia, oraciones, letanías, etc. Conservan casi enteramente la estructura latina y Berceo no hizo sino

(15) José Amador de los Ríos, op. cit., p. 255.

incorporarlos a su poesía: Virgo Sancta, Sancta Parens, Regina Sancta...

Empero hay otros que no provienen de esa fuente. Son los que busca el ingenio del cantor de la Virgen para enjorar el objeto que loa, para demostrarle su amor. Por eso le dice al nombrarla, delicadamente: ama, madrina, mienna (mi señora) Santa María —apelativos cercanos a lo familiar—, madre del pan de trigo —de honda significación española—, luz clara, reina preciosa, etc. Incorpora, pues, los nombres tomados de la literatura latino-eclesiástica, crea o aprovecha otros y logra de ese modo doble objetivo: variedad, ausencia de repeticiones enojosas, y adorno; por otra parte, rinde con esos términos el tributo de su alma sencilla y piadosa —sin complicaciones— a la que siente ser madre propia.

No es innecesario consignar que, además de su paso a las artes plásticas, el culto de la Virgen se proyectó en dos direcciones: “De la devoción Mariana, tanto en Francia como en España, se podrían presentar dos imágenes de una elocuencia encantadora: una “pod(r)ría ser el mapa de los incontables Santuarios con frecuencia obras maestras del arte, que Francia ha dedicado a Nuestra Señora; otra, la lista de los nombres ingeniosamente variados, conmovedores y pintorescos, que la mujer española adopta de María” (16).

En los *Milagros* el poeta nombra a la Virgen, se refiere alegórica o directamente a ella *más de cuatrocientas veces* y a lo largo de las 911 coplas que integran la obra encontramos *ciento nueve variedades* de nombres. Los enumeramos alfabéticamente para facilitar la lectura y van en cursiva aquellos que nos parecen originales de Berceo, asimismo los de rara aparición —que nos permite suponer sean invención suya— o los simplemente curiosos o significativos:

Almendra, Ama, (A)talaya.

Bálsamo, *Buen confuerto privado* (17), Buena dueña, Buena

(16) Legendre, op. cit., p. 273.

(17) Buen alivio privado.



Madre, Buena madrina, Buena pastora, Buena seror, Buena tienda, Cedro, Consejo (18).

Dama, Defensa, Dueña, Dueña piadosa.

Esposa de Cristo, Estrella clamada, Estrella de la mar, Estrella matutina.

Fuente de que todos bebemos, Fuente de misericordia, Fuente perennal.

Gloriosa —frecuentísimo—, Gloriosa madre del nuestro Don, Gloriosa madre del Buen Criado, Gloriosa Madre Santa María, Gloriosa Madre del Creador, Guiona deseada (19), Gracia Plena.

Honda del varón David.

Luz clara.

Madre, Madre Gloriosa —ambos muy frecuentes—, Madre (zie-lla) (20), Madre Preciosa, Madre caudal, Madre sin dición (21), Madre de Dios, Madre del Rey de Magestad, Madre del Rey de Gloria, Madre de Cristo, Madre del pan de trigo, Madre del Creador, Madre del Buen Criado, Madre de Piedad, Madre de Jesucristo, Madre del Rey Celestial, Madre Plena de Gracia, Madre Llena de Bendición, Madre Santa la de Rocamador, Madre Santa, Madre Bendita, Madre Santa María, Madrina, Madrina de pecadores, Malgranada —granada—, María, Mienna Santa María.

Oliva.

Palma bien aiunada (22), Paloma de hiel bien esmerada (23), Piértega (24), Prado, Puerta, Puerta de (l) Paraíso, Puerto.

(18) Se conserva actualmente como nombre de mujer. V. Lengendre, op. cit., p. 274.

(19) Guía, guiadora deseada.

(20) Madrecilla. Este diminutivo despectivo lo ha puesto el poeta en boca de un judío incrédulo del poder de María.

(21) Igual que cuando escribe que María es "quita de dición" (copla 181 b), quiere indicar "libre de mala dicción".

(22) Con hojas largas, frondosas. Parece aludir alegóricamente al amplio manto de la Virgen, donde se cobijan, en su concepto, los pecadores.

(23) Paloma sin hiel.

(24) Alude a la vara o "fust" de Moisés.

Reina acabada, Reina coronada, Reina de los cielos, Reina de gloria, Reina general, *Reina preciosa*, Reina principal, Regina Sancta, *Reina poderosa de los hechos honrados*.

Salud y vida de todos, Santa María, Sancta Parens, Santa Reina, Salud y medicina, Salud y medicina de cuerpos y almas, Santa Virgo María, Sancta Virgo, Señora, Señora Bendita, *Señora buena*, Señora gloriosa, Señora natural, Solaz y medicina de los cuitados, Solaz de los pecadores, *Sión*.

Templo de caridad, Templo de Jesucristo, Torre de salvación, *Trono del Rey Salomón*.

Uva.

Vellocino de Gedeón, *Vecina piadosa*, *Vid*, Virgen bendita, Virgen coronada, Virgo o Virgen gloriosa, Virgen María —muy usado—, Virgen sagrada, Virgen real, Virgen preciosa.

MAS SOBRE EL REALISMO BERCEANO

Ya fué señalado por Marcelino Menéndez y Pelayo —a quien debemos recurrir siempre cuando calamos algún aspecto literario español— “el realismo de la narración” que “llega a términos increíbles en algunas leyendas, especialmente en la de la abadesa:

Fol creciendo el vientre en contra las terniellas,
Fuéronseli haciendo pecas ennas masiellas,
Las unas eran grandes, las otras más poquiellas,
Ca ennas primerizas caen estas cosiellas” (25).

Aparte la gracia de los diminutivos “poquiellas” y “cosiellas”, el realismo comentado por el maestro santanderino salta a nuestros ojos; él buscó aquellos casos tan salientes del tono general, que no

(25) M. Menéndez y Pelayo, *Ant. de poetas líricos cast.*, Madrid, 1912, tomo II, LVIII.

dejan duda alguna del aserto por él sostenido y, además, hacen advertir los menos notorios.

El realismo se encuentra múltiplemente en la obra de Berceo: su pluma —rasgo españolísimo— se encuentra empapada de él. En el mismo milagro, *La abadesa encinta*, encontramos otros detalles que demuestran hasta dónde lleva la noción realista el poeta riojano, con un acento tan definido que debemos considerarlo un verdadero anticipo epocal.

Después de la copla 508, arriba transcrita, la afligida abadesa hace fervorosa oración; escúchala la Virgen y se aparece ante sus ojos que apenas resisten la visión. Hechas las promesas de conducta por la pecadora y terminada su conversación con María “moviéronse los ángeles a mui grand ligereza, / recabdaron la cosa sin ninguna pereza...” (26), es decir, lleváronse al “ninnuelo” milagrosamente nacido para que, al cuidado de un buen ermitaño, fuese criado lejos.

La infeliz abadesa no podía creer el milagro de su Madre. Entonces:

Palpóse con sus manos cuando fo recordada,
por ventre, por costado, e por cada ijada:
trobo so vientre llacio, la cinta mui delgada,
como muger que es de tal cosa librada (27).

No sólo nos llama la atención la finura expresiva de la “tal cosa”, sino los matices innegablemente realistas del poeta: en su asombro la mano de la monja recoge el vientre, antes hinchado, y lo encuentra *lacio*, palpa su cintura, ya perdida, y ésta ha vuelto a su delgadez ordinaria, como sucedería a cualquier mujer después del parto. Mas la dimensión realista no para allí: llegado el obispo a inspeccionar el convento y percatarse de la veracidad de las acusa-

(26) Copla 535 ab.

(27) Copla 537.

ciones contra la abadesa, no se conforma ni convence por la observación visual que nada le dice y ordena a dos frailes de su confianza cerciorarse en el terreno mismo. Hurguetean a la infeliz mujer, pero:

Tollieronli la saia, *maguer que li pesava,*
fallaronla *tan secca que tabla semeiava.*
Non trovaron en ella signo de prennedat,
nin leche nin batuda de nulla malveztat ... (28).

Como ejemplos son suficientes y decidores.

Puede, además, encontrarse realismo —verismo—, en la constante identificación del “yo” berceano con los sucesos que narra su pluma, rasgo fundamental de nuestro poeta que Américo Castro ha estudiado, con la profundidad y amor que él sabe poner en sus labores, denominándolo “integralismo”; también en el dramatismo y concisión de las descripciones irreales; así, las apariciones, los hechos sobrenaturales, aquellos a que no alcanza nuestra capacidad de creer, están narrados en un lenguaje directo, matizado de alusiones personales que les confieren cualidad de cosas vistas por el mismo poeta.

EL CULTO DE LA VERDAD

Hay en toda la obra de Berceo muestras del amor a la verdad y de la honradez del poeta en cuanto a consignar con exactitud la fuente o el dato que le sirven para su quehacer. Fitz-Gerald, en su excelente edición crítica de la *Vida de Santo Domingo de Silos*, hace una enumeración de las veces que esto sucede en dicha hagiografía. No sería gran trabajo aumentar tal acopio de citas con las frecuentísimas veces que se repite tal rasgo en las otras obras de Berceo.

(28) Coplas 555 cd., 556 ab. Batuda, “pista, rastro”.

Recordemos que A. G. Solalinde, al aclarar la copla 325 de su edición:

Ni ardió la imagen, nin ardió el flabello,
Nin prisieron de danno quanto val un cabello,
Solamente el fumo non se llegó a ello,
Nin nució más que muzo io al *obispo don Tello*.

dice que, al consultar la obra de Eubel sobre autoridades eclesiásticas medievales (29), le ha sido posible establecer que ese don Tello nombrado —al parecer por necesidad de consonante, sin mayor preocupación— fué quien “ocupó la diócesis palentina desde 1212 a 1246” (30).

Es digno de admiración este detalle minúsculo —aparentemente sin importancia— que prueba la veracidad del amor de la Virgen. El mismo dato permite a Solalinde concluir así su breve artículo: “Puede afirmarse que esta obra —los *Milagros*— se escribió antes de 1246”.

Estas conclusiones que por extensión nos pueden allegar una más completa imagen humana de Berceo, no son apresuradas. Lo que hemos llamado culto de la verdad posee un carácter de permanencia en la obra poética del sencillo admirador de María.

La sinceridad, pues, trasciende de la actitud vital que debió de tener el poeta, profundamente humana y religiosa al mismo tiempo, aunque no siempre acierte en los problemas teológicos que se le presentan. Jamás olvidó decir —ya que acudía a fuentes ajenas— de dónde tomaba su inspiración, de qué libro copiaba, dónde leía. Están sus versos llenos de honradas indicaciones que remiten al lector a la fuente originaria y, aunque muchas de ellas se han perdido, queda el testimonio del amor a la verdad en el poeta de La Rioja.

(29) *Hierarquia Catholica Medii Evii*, 1914, I.

(30) A. G. Solalinde, *Gonzalo de Berceo y el obispo don Tello*, REF., tomo IX, oct.-dic., 1922, pp. 398-400.

Esta misma cualidad ha permitido conocer algo —no mucho— de la vida del autor, que discurrió plácida y silenciosa en un rincón de la España medieval, en la hoy provincia de Logroño; vida llena de amor a la bondad y de interés por acercarse a sus hermanos de raza para revelarles lo que hasta entonces era privativo de la clerecía. Aclara esto la autorizada investigación de Ramón Menéndez Pidal: “(Berceo) quiere... servir de intermediario entre la “ciencia de los clérigos y la ignorancia del vulgo, informando a éste “fidel y escrupulosamente de lo que halla en el latín de las vidas “de santos, en los tratados piadosos y en los diplomas archivados en “los monasterios, sin que el poeta se le ocurra casi nunca hacer “alarde de invención personal” (31).

John D. Fitz-Gerald en su edición de la *Vida de Santo Domingo de Silos*, ha hecho notar los pasajes —más de una veintena— donde el autor de los *Milagros*, fiel a la verdad, ya sea para indicar el lugar del texto de procedencia, ya para avisar candorosamente que aquello lo ha visto u oído o para eludir toda afirmación comprometedora, exclama:

... dizelo la escriptura, *ca yo non lo sabia,*
quando non lo leyesse, dezir non lo querria,
ca en firmar la dubda gran pecado abria...

.....
 En comarca de Silos, *el logar non sauemos,*
 auja un omne çiego, delli nos fabraremos:
 de qual gujsa çegara, *esto non lo leemos,*
lo que non es escripto nolo afirmaremos.

.....
 Muchos son los mjráglos que dest Padre sabemos,
los unos que oimos, los otros que leemos... (32).

(31) *Poesía juglaresca y juglares*, p. 213 de la edic. de la Colección Austral N.º 300; hay mejor edición matritense. Véase esta misma obra para el estudio de los elementos juglarescos en nuestro poeta.

(32) *Vida de Santo Domingo de Silos*, coplas 73 bcd., 336, 351, ab.

Berceo cumplió en este sentido ampliamente sus propósitos. Su ambición de verdad, lograda a todo trance, lo ha hecho llegar a nosotros conservado, íntegro y sano, como después de treinta días de entierro, encontraron al pobre loco de su *Milagro III*. Nadie, por eso, puede escarnecer su labor; él se cuidó de que fuese sincera para que durara siempre. Cuando hacia el final de su *Vida de Santa Oria, Virgen* empieza a despedirse de sus lectores —y en cierto modo de su vida, ya cercana al fin (33)— exclama algo que bien pudiera ser un deseo suyo con vigencia para la totalidad de lo que escribió:

Aun non me querría, señores, espedir,
Aun fincan cosiellas que vos e de decir:
La obra comenezaba bien la quiero cumplir,
Que non aya ninguno por qué me escarnir (34).

Y unas coplas más adelante se atreve a amenazar al que dudar —tan seguro está de su ministerio— como si fuese la suya lengua de Dios:

Qui en esto dubdare que nos versificamos,
Que non es esta cosa tal como nos contamos,
Pecará dura-miente en Dios que adoramos,
Ca nos quantos deçimos, escrito lo fallamos... (35).

Aún no me querría, señores, espedir... Como todo hombre, deseó vivir siempre en la memoria de otros. Aún él —su obra misma, única realidad suya que nos queda— tiene algo que decirnos;

(33) Al principio de la misma obra, en la copla 2, había dicho: "Quiero en mi vegez, maguer so ya cansado, / desde sancta Virgen romanzar su dictado..."

(34) Santa Oria, Virgen, c. 185.

(35) Id., c. 203.

abramos esas páginas, diáfanas y sencillas: tienen sabor antiguo pero frescura que no dan los afeites ni los recursos estudiados; leamos sus estrofas que se conservan frescas "en integridad". A quienes posean alguna lozanía espiritual, llegará el mensaje de esta poesía

de muy grand fermosura, de muy fresca color ...